



Steve Cushion*

UNA SUBLEVACIÓN DE LA CLASE OBRERA CONTRA EL IMPERIO BRITÁNICO

EN LA DÉCADA DEL TREINTA DEL SIGLO XX, las colonias británicas del Caribe vivieron una sucesión de huelgas y disturbios conocidos como *The Labour Rebellions* (Las rebeliones laborales). Aunque muchos están de acuerdo en que la aparición del movimiento sindical fue consecuencia directa de estos acontecimientos, la opinión del mundo académico está dividida acerca de los beneficios reales que obtuvo la clase obrera antillana. Por un lado, Arthur Lewis (Lewis, 1939: 52) y Robert Alexander (Alexander, 2004: 254) escriben en términos elogiosos sobre el progreso que hicieron los trabajadores. El primero habla hasta de “una revolución política”. Por otro lado, Cynthia Barrow-Giles (Barrow-Giles, 2002: 74) y Gordon Lewis (Lewis, 1968: 397) adoptan una perspectiva diferente y ven una situación potencialmente revolucionaria que se encauzó en los marcos institucionales, considerando

* Steve Cushion, doctorando en el Institute for the Study of the Americas de la Universidad de Londres donde, antes de jubilarse, trabajaba en el departamento de Humanidades, Artes y Lenguas como profesor de la lengua francesa, de la política francesa y de la historia de Europa. Sirvió al comité ejecutivo de la NATFHE, sindicato nacional de los profesores de la educación superior en el Reino Unido. Su tesis lleva por título: “La clase obrera y el derrumbamiento de Batista: la relación entre la lucha de masas y la acción armada en Cuba, 1952-1959”.



LA REVOLUCIÓN EN EL BICENTENARIO

que las conquistas sociales moderadas no fueron más allá de un aplazamiento que mantuvo intacta la base económica de la oligarquía. Una manera de sopesar los pro y los contra de estas posiciones es evaluar hasta qué punto los trabajadores sacrificaron sus intereses económicos por el beneficio propio de políticos burgueses.

A partir de algunos malestares de poca importancia en Honduras Británica, las Bahamas, Trinidad, Jamaica y Guyana Británica en 1934, la ola de revueltas estalló verdaderamente en 1935 con una huelga de azucareros en San Cristóbal. En el mismo año tuvieron lugar huelgas y disturbios en San Vicente y Santa Lucía. Poco después, en 1937, hubo más brotes de violencia en Barbados y Trinidad; durante 1938 en Jamaica y, finalmente, en Guyana Británica en 1938 y en 1939 (Hart, 1993: 9-18). En todos los casos se reitera el mismo patrón en el desarrollo de los acontecimientos: una huelga o manifestación similar debía enfrentarse a toda la fuerza del Estado colonial y, a menudo, a la llegada de un barco de guerra de la armada británica. Dichos movimientos contestatarios fueron reprimidos con violencia exagerada por la policía, el ejército y matones pro-empresariales, llamados “voluntarios”. Los trabajadores resistieron lo mejor que pudieron, pero tuvieron que enfrentarse a una represión masiva. Finalmente, regresaron al trabajo con muy pocas mejoras materiales inmediatas. Entre 1934 y 1939, las fuerzas del Estado dieron muerte a 46 trabajadores, hirieron a otros 429 y encarcelaron a otros miles más (Lewis, 1939: 18). Sin embargo, no hay indicios de una coordinación regional detrás de estos acontecimientos; por consiguiente, tenemos que buscar una explicación en las condiciones políticas y económicas.

Después de la abolición de la esclavitud, los hacendados, con sus aliados en el gobierno colonial, se habían esforzado por mantener una economía de mano de obra barata para maximizar sus beneficios basada en la exportación de azúcar (Hart, 1998: 45-49). La crisis económica que se inició en 1929, asociada al crac de Wall Street, provocó significativa pobreza y desempleo en todo el mundo capitalista. Estados Unidos (EEUU), Cuba y Panamá repatriaron a muchos trabajadores emigrantes, lo cual afectó gravemente a las Antillas británicas.

Al estallar las huelgas en 1938, el nivel de desempleo en Jamaica era de 36%, y el 75% de su mano de obra asalariada recibía menos de una libra esterlina por semana. Los trabajadores no habían obtenido aumentos salariales durante siete años (Hart, 1988: 33 y 63), mientras las viviendas inadecuadas, la desnutrición y la insalubridad agravaban el resentimiento que producían esas condiciones de trabajo. El nivel de pobreza y hambre era tal que en 1937 los manifestantes en Barbados saqueaban campos de patatas para sobrevivir. Asimismo, el sistema colonial no les daba ningún derecho de compensación.



Steve Cushion

Aunque en Inglaterra los sindicatos eran legales desde 1871, en las Antillas británicas las autoridades coloniales imponían restricciones rigurosas o incluso los prohibían en algunas islas, al tiempo que la ley no permitía a los obreros formar piquetes de huelga. Sin embargo, los trabajadores habían tratado de formar organizaciones políticas y sindicales en las colonias más grandes como Guyana Británica y Trinidad pero, dada la pobreza de los obreros y las condiciones políticas desfavorables, su existencia era precaria. No obstante, incluso en las colonias donde había algún tipo de organización obrera, las huelgas de los años treinta parecieron espontáneas. En aquel momento, las organizaciones obreras que existían estaban comprometidas con una política reformista que aceptaba el status quo colonial y por lo tanto pudieron solamente seguir el movimiento de masas más que encabezarlo. Dadas estas circunstancias, voceros cultos de la clase media se pusieron a la cabeza del movimiento.

El hecho de que personas de origen burgués pudieran ejercer tal influencia atestigua la naturaleza no democrática de las colonias del Caribe y la falta de estructuras representativas válidas a través de las cuales los trabajadores pudieran expresarse u obtener respuesta a sus reclamos. El sufragio restringido en todas las colonias garantizaba la dominación ininterrumpida de la élite blanca con la ayuda de una capa leal de gente de color, en su mayoría mulatos, proveniente de la pequeña burguesía. Las autoridades habían hecho todo lo posible para evitar la creación de una clase media autóctona mediante una política económica que favorecía al empresariado y que limitaba la propiedad de tierras para la gente de color. Por consiguiente, había un vínculo entre la clase económica y el color de piel que tuvo como resultado una mezcla de nacionalismo negro y conciencia de clase en el pensamiento político de los trabajadores (Daniel, 1957: 163).

Las influencias socialistas eran una mezcla de marxismo con un reformismo influido por el Partido Laborista británico. El aporte laborista buscaba una reforma gradual dentro del marco del Imperio Británico, y era hostil a cualquier organización a nivel de las bases (Bolland, 2001: 360). Además, la federación sindical británica, el *Trade Union Congress* (TUC), que estaba totalmente atemorizada por su derrota en la huelga general de 1926, seguía la línea de esta política pro-imperialista: sus intervenciones promovían el compromiso y la capitulación más que ofrecer ayuda desde una perspectiva internacionalista. Esta tendencia se asociaba con el Capitán Cipriani en Trinidad y Hubert Critchlow en Guyana Británica. Sin embargo, tales dirigentes veteranos fueron incapaces de proveer el liderazgo necesario en el periodo de conflicto laboral agudizado de la década del 30, y los acontecimientos se les adelantaron (Lewis, 1968: 269).

El capitán Cipriani, oficial jubilado del Ejército británico, dirigía una organización obrera en Trinidad y Tobago, que se llamaba originalmente *Trinidad Workingmen's Association* (TWA), Asociación de los Obreros de Trinidad, pero más tarde se cambió el nombre a *Trinidad Labour Party* (TLP), Partido del Trabajo de Trinidad, predicando el socialismo reformista moderado del mismo tipo que el Partido Laborista británico. Cipriani venía de una familia terrateniente acomodada y, bajo su liderazgo, el TWA/TLP daba su apoyo a miembros benevolentes de la clase alta que pudieran iniciar reformas en nombre de los pobres. Deploraba la acción directa y, como declara Rhoda Reddock:

Las luchas durante los años de Cipriani, tuvieron lugar, no en la calle, sino en el consejo legislativo. (Reddock, 1994: 124)

No obstante, a pesar de la actitud hostil de Cipriani hacia las huelgas de 1937 en Trinidad, utilizando su posición de Alcalde de la ciudad de Puerto de España para poner en práctica medidas represivas, su organización había creado un ambiente de discusión política, único en las Antillas británicas, donde muchos líderes de las huelgas de 1937 habían tenido una experiencia organizativa valiosa.

El marxismo anglo-caribeño solamente tenía existencia organizativa en la isla de Jamaica, donde un pequeño grupo de militantes en torno a Hugh Buchanan y Richard Hart producía un periódico, *Jamaica Labour Weekly*. Sin embargo, no tuvieron mucha influencia cuando estallaron los disturbios y se vieron marginados por políticos burgueses como Alexander Bustamante (Hart, 1989: 18). Por otra parte, los marxistas de Trinidad, George Padmore y C.L.R. James, aunque hacían una contribución enorme al desarrollo del marxismo a nivel internacional, ya no estaban en las Antillas. Sin embargo, esto no significa que la influencia marxista no haya sido importante. El hecho de que los marineros comunistas del barco estadounidense *Veragua*, en ese momento atracado en el puerto de Kingston, se negaran a romper la huelga y hablaran en mítines en apoyo de los obreros jamaicanos, destaca el papel de su sindicato, la *National Maritime Union* (NMU), que mantenía un puente de solidaridad entre los EEUU y el Caribe (Post, 1978: 357). Además, el Secretario local de la NMU en Nueva York fue un comunista de origen jamaicano que utilizaba su posición para facilitar la distribución de periódicos como *The Negro Worker*, que comunistas negros producían en Harlem bajo la orientación de George Padmore (Stevens, 2006: XVII).

Los vínculos entre los estibadores radicales y los marineros en la región eran un canal muy importante para difundir la información y el contacto con las ideas socialistas y nacionalistas. Por último, otra influencia izquierdista se encuentra en el regreso de muchos trabajado-



Steve Cushion

res emigrantes de los EEUU y de Cuba que habían tenido contacto con los partidos comunistas de esos países (Witney, 2001: 75).

Un ejemplo de esta influencia internacional es Rupert Gittings, que regresó a Trinidad de Francia después de haber sido deportado a causa de su participación en las actividades del Partido Comunista durante la huelga general francesa de 1934. (Reddock, 1994: 136).

No obstante, aunque el marxismo dio una mayor conciencia de la naturaleza de la opresión y explotación que sufrían los trabajadores caribeños y contribuía a fomentar su acción combativa, nunca creó una forma organizativa que pudiera hacer avanzar las revueltas en una dirección socialista.

Al considerar influencias externas, debemos tener en cuenta al movimiento obrero internacional. Las nefastas consecuencias de la crisis económica mundial para los obreros de todas partes contribuyeron a que, a mediados de la propia década del 30, una oleada de huelgas de brazos caídos y encierros de fábricas recorriese Francia y EEUU. Arthur Lewis, poco después, destacó en sus escritos que estos acontecimientos suscitaron mucho interés en las Antillas (Lewis, 1939: 19). Cuba vio huelgas generales en 1933 y 1935, la primera de las cuales derrocó la dictadura de Gerardo Machado (Carr, 1996: 150), y Puerto Rico fue testigo de la mayor huelga azucarera de su historia en 1934 (González, 1998: 13-14). En 1935, tres semanas después de la huelga de azucareros en San Cristóbal, los azucareros de la isla francesa vecina de La Martinica siguieron su ejemplo y, a partir de una marcha de hambre, ocuparon la capital colonial Fort-de-France, y ganaron todas sus reivindicaciones (Castañeda, 1998: 83-4). Los obreros emigrantes de las colonias británicas participaron en todas estas acciones, y trajeron la experiencia y una mayor confianza a su regreso.

Si las políticas socialistas, comunistas y sindicalistas de otros lugares ejercieron influencias indirectas, Marcus Garvey y su *Asociación Universal para el Adelanto de la Raza Negra*¹ (UNIA, por su sigla en inglés) tuvieron una participación más directa porque, como dice Nigel Bolland: “él se situaba en la encrucijada de dos solidaridades” (Bolland, 2001: 169), de la clase y de la raza. Garvey había participado en la actividad sindicalista en Jamaica a principios del siglo XX, antes de salir para los EEUU en 1916, y tuvo un breve interés por los sindicatos cuando regresó a la isla en 1929.

¹ La *Asociación Universal para el Adelanto de la Raza Negra* tenía como objetivo: “unir a toda la gente de origen africano del mundo en un solo cuerpo para establecer un país y un gobierno absolutamente propios”. Marcus Mosiah Garvey, Discurso dado en el *Liberty Hall* en la ciudad de Nueva York (25 de diciembre de 1922).



LA REVOLUCIÓN EN EL BICENTENARIO

No obstante, él se interesó más por la “auto mejora” pequeño burguesa y, cuando las rebeliones estallaron, el garveyismo estaba disminuyendo como fuerza organizativa, mientras que el mismo Garvey ya vivía en Londres, desde donde no pudo entender la importancia de las huelgas, respondiendo a James y Padmore, durante un intercambio acalorado en el Hyde Park, que los agitadores habían engañado a los huelguistas. (Bolland, 2001: 170).

A pesar de todo esto, muchos de los dirigentes huelguistas eran garveyistas, y no debemos subestimar su papel cuando evaluamos su contribución a las rebeliones, porque sus enseñanzas daban mucha confianza y amor propio a los obreros negros de las colonias británicas (Martin, 1993: 365). Sin embargo, hay que reconocer que se valía de su influencia para promover la concepción de un “capitalismo negro” y para enfatizar la supremacía de la raza sobre la clase, lo que inhibió la formación de una dirección obrera independiente de los sindicatos que surgieron de las luchas de los años treinta. De ese modo, les allanó el camino a políticos negros pequeño burgueses para asumir el control del movimiento obrero.

Sin embargo, en Trinidad había la sola organización en las Antillas británicas cuya política unificaba socialismo, nacionalismo, anti-racismo, feminismo y anti-colonialismo, la *Negro Welfare, Cultural and Social Association* (NWCSA), la Asociación Benefactora, Cultural y Social de los Negros. Después de separarse de Cipriani en 1934, los futuros líderes de la NWCSA, Elma Francois y Jim Barrette, participaron activamente en solidaridad con la huelga de azucareros de 1934, y con la huelga en la refinería de petróleo Apex en 1935, así como con el movimiento de solidaridad con el pueblo de Etiopía contra la invasión italiana. En 1934, Francois y Barrette, junto con un emigrante que había regresado de Nueva York y había trabajado con George Padmore en Harlem, fundaron el *National Unemployed Movement* (NUM), Movimiento Nacional de los Desempleados, que organizó *hunger marches*, marchas de hambre, para protestar contra los altos niveles de desempleo en la isla. La NWCSA era muy activa durante la agitación que precedió a la huelga de 1937, pero se sorprendió tanto como todos los demás cuando estalló. Sin embargo, trabajó muy activamente para extender la acción desde el yacimiento petrolífero, donde la huelga empezó, hasta la capital y, como resultado de esto, sus miembros fueron los más castigados por la represión del régimen colonial (Reddock, 1998: 5-18).

En cada disturbio, las autoridades reaccionaron inmediatamente con la utilización de violencia represiva. Como dice Glenn Richards acerca de San Cristóbal:

La preservación del orden público no se distinguía de la disciplina de trabajo en la legislación de trabajo existente. Las fuerzas



Steve Cushion

armadas a disposición de la administración de San Cristóbal, tanto local como imperial, se alistaron para garantizar que los terratenientes mantuvieran su control sobre el trabajo [...] El papel de la policía en San Cristóbal era, por lo tanto, esencialmente la administración de relaciones industriales para el interés de las clases empresarias (Richards, 1993: 19).

Así, en esta colonia, cuando unas huelgas pacíficas estallaron en enero de 1935 y se extendieron por “piqueteros volantes”, la policía y los capataces dispararon inmediatamente sobre la muchedumbre y rompieron la huelga con la fuerza armada.

De la misma manera, en San Vicente, cuando más tarde en ese año estalló un disturbio contra la intención de reducir los impuestos de importación sobre las mercancías de lujo y, al mismo tiempo, imponer un aumento sobre artículos de consumo diario, la policía y “voluntarios”, con refuerzos de la infantería de marina del buque de guerra HMS Challenger, mataron de tiros a seis manifestantes e hirieron a muchos más. Así, estas acciones establecieron una pauta que se repitió durante las revueltas que siguieron en Jamaica, Barbados, Trinidad y la Guyana británica.

Antes de considerar la naturaleza del movimiento obrero que surgió de la rebelión, primero sería útil ver los resultados inmediatos de las huelgas. En los casos de San Cristóbal, San Vicente y Santa Lucía, una vez que restablecieron el orden, las autoridades coloniales y los patronos se sintieron lo suficientemente seguros como para rechazar todas las reivindicaciones de los obreros. Quizás debido a esas derrotas en 1935, el año 1936 fue, en general, un año tranquilo.

En Trinidad, tras el aplastamiento de las huelgas, las compañías petroleras aumentaron el sueldo de sus empleados en dos centavos por hora, además de mejorar algunos incentivos y retirar el odiado “Libro Rojo”, pasaporte laboral que las autoridades coloniales obligaban a todos los obreros a llevar y que contenía detalles de su trabajo anterior, facilitando de ese modo la operación de la lista negra (Craig, 1988: 20 y 32). Estas reformas resultaron importantes para la industria petrolera de Trinidad, que proveía al Imperio Británico del 62% de su petróleo. Las huelgas en el resto de las colonias produjeron pocos beneficios concretos, pero la naturaleza acumulativa de las luchas no pasó desapercibida en Londres. El gobierno imperial reaccionó de forma tradicional y envió una comisión investigadora que produjo un ambiente de gran expectativa. Dado el fracaso relativo de las huelgas desde el punto de vista económico, la llegada de la comisión ayudó a dirigir el descontento en una dirección más políticamente reformista, aunque el malestar esporádico continuó.

A pesar del éxito de la represión del Estado que puso fin a las huelgas, la administración colonial se dio cuenta de la necesidad de reformas. Las conclusiones de la comisión investigadora fueron tan escandalosas que el gobierno no publicó el informe hasta el fin de la Segunda Guerra Mundial, temiendo que pudieran usarlo como propaganda. Además de alguna legislación protectora de los obreros, la conclusión principal de la comisión fue el reconocimiento de que la falta de una vía legítima para expresar las quejas había exacerbado los disturbios. Por lo tanto, el gobierno decidió despenalizar los sindicatos de manera que estuvieran bajo el control de dirigentes “responsables”. Las mujeres habían sido particularmente activas durante las huelgas, pero la nueva dirección de la política colonial ponía énfasis en la familia patriarcal con el hombre como único asalariado, reduciendo así el papel de las mujeres en los sindicatos “responsables” (Reddock, 2005: 36).

Los sindicatos desempeñan un doble papel en la sociedad capitalista: sirven para defender los intereses de la clase obrera, así como para contener a los trabajadores dentro de los confines que fija el sistema. Hay una contradicción evidente entre ambos roles. La efectividad del rol defensivo depende de la política del liderazgo de la organización y de la capacidad de los afiliados para ejercer un control democrático sobre ese liderazgo. Las autoridades coloniales, con la ayuda de la TUC (la Federación Sindical Británica), manipularon la situación con habilidad. Promovieron divisiones y desacuerdos que se basaron más en las personalidades que en la política, y de ese modo pudieron reducir la capacidad de los nuevos sindicatos de ganar mejoras verdaderas para la clase obrera (Henry, 1972: 37-46).

Los nuevos dirigentes generalmente provenían de la clase media local y, a pesar de que muchos de ellos eran evidentemente sinceros, tenían sus propios intereses políticos dentro del sistema colonial. Así, los sindicatos se convirtieron en la base de los partidos que dominarían la vida política antillana a partir de entonces, pero que eran más nacionalistas que socialistas (Bakan, 1990: 5). Es significativo que en el único lugar donde la política nacionalista se unió con la política socialista –el movimiento independentista de Guyana Británica– el gobierno metropolitano, con la ayuda de los EEUU, que veía una amenaza a su hegemonía en el Caribe, explotó divisiones raciales entre los afro-guyaneses y los de origen asiático para asegurarse una Guyana independiente en manos anticomunistas.

Los dirigentes pequeño burgueses de los nuevos sindicatos fomentaron el colaboracionismo de clase, una posición política que provenía lógicamente del nacionalismo negro de Garvey y del reformismo de la socialdemocracia británica. Esto llevó a la clase obrera en las Antillas Británicas a sostener una visión capitalista de independencia que rele-



Steve Cushion

garía a segundo plano las reivindicaciones obreras que habían lanzado la ola de huelgas. Los movimientos independentistas que recorrieron el Imperio Británico después de la Segunda Guerra Mundial tuvieron sus orígenes en las luchas anteriores a la guerra en las colonias. Sus dirigentes pertenecían típicamente a secciones de la clase media que se sentían frustradas por el atraso económico y social que la situación colonial les imponía, y que querían convertir a su patria en una nación independiente para resolver estos problemas, lo que les creaba la necesidad de construir una base de masas que pudiera luchar por la independencia (Harman, 1992: 12). Sin embargo, a fin de mantener suficiente mano de obra para trabajar en las plantaciones azucareras, el gobierno colonial había restringido la posibilidad de desarrollar un campesinado u otras pequeñas empresas. Ello significaba que el movimiento independentista debía tener su base en el proletariado a falta de otros estratos sociales significativos.

Por ejemplo, Grantly Adams, el abogado defensor de un líder obrero local, Clement Payne, cuya deportación provocó la revuelta de 1937 en Barbados, usó la situación para convertirse en futuro primer ministro de su país después de la independencia. Payne era un miembro activo de la NWCSA mientras vivía en Trinidad y, cuando regresó a Barbados en marzo de 1937, empezó a organizar mítines públicos junto con un grupo de socialistas y garveyistas. Cuando la policía lo arrestó y lo deportó secretamente a Trinidad, estallaron disturbios y la policía disparó sobre la multitud. Empezaron huelgas en el puerto, en la fundición y entre los trabajadores del transporte, mientras los conductores de autobús difundieron las noticias hasta las regiones rurales antes de declararse en huelga ellos mismos. La huelga fue aplastada de manera habitual cuando la policía y los voluntarios mataron a 14 trabajadores e hirieron a otros 47. Adams utilizó el juicio y la siguiente comisión de investigación para establecerse como líder del movimiento obrero y para dirigirlo hacia un camino moderado. El alto nivel de desempleo y el temor de perder su empleo asustaron a la mayoría de los trabajadores que no querían ponerse a la cabeza durante tiempos normales y, así, profesionales autónomos, como abogados, podían rellenar ese espacio. Empezaron a dar voz a las masas y, entonces, consiguieron tener el mando de los sindicatos, que utilizaron para mejorar sus perspectivas políticas. Grantly Adams era un favorito de la Oficina Colonial Británica, que lo veía como un “reformista fiable”, quien colaboraría en su estrategia de eliminar independentistas socialistas radicales como Payne, aunque, al mismo tiempo, promovería voceros pequeño burgueses moderados que hablaban en nombre de los trabajadores ordinarios pero disuadían cualquier actividad de los mismos (Bolland, 1995: 111-120).

Si bien Alexander Bustamante y Norman Manley en Jamaica, como sus equivalentes en las islas más pequeñas, utilizaron los sindicatos de manera parecida, los independentistas en Trinidad y Tobago procedieron con una táctica diferente. Ya hemos visto que Trinidad tenía un mundo político más desarrollado, con un movimiento obrero que se había escindido entre un ala reformista moderada dirigida por Cipriani y un ala más radical y activista dirigida por la NWCSA. Otra complicación era la presencia del *British Empire Workers and Citizens' Home Rule Party* (BEW&CHRP), el Partido de los Trabajadores y Ciudadanos del Imperio Británico, dirigido por Uriah "Buzz" Butler quien, aunque manifestaba lealtad completa al Imperio Británico, organizó acciones de masa para promover sus reivindicaciones.

Dado este movimiento más organizado, el Gobernador Colonial persiguió un enfoque más sutil, sobre dos flancos, durante los disturbios de 1935. Por un lado, arrestó a los dirigentes obreros y, por otro, dio pequeños aumentos de sueldo y otras concesiones de poca importancia a los trabajadores. Aunque esta táctica "más humanitaria" dejó 14 muertos, 59 heridos y cientos de detenidos, fue demasiado blanda en la opinión de los empresarios, que presionaron con éxito al gobierno para destituir al Gobernador y al Secretario Colonial (Singh, 1987: 67). La comisión investigadora dirigida por John Forster se quejó de que "la patronal demuestra una indiferencia sorprendente ante el bienestar de su mano de obra" y apoyó la formación de sindicatos. La comisión, no obstante, reservó a las autoridades coloniales el poder de denegar reconocimiento a dirigentes "inoportunos". Además, con un recordatorio espantoso del armamento represivo que todavía el Estado retenía, la comisión criticó a la policía también porque había, una vez, vacilado en disparar sobre algunos manifestantes (Bolland, 1995: 97).

La situación estaba evidentemente demasiado politizada en Trinidad para creer que los nacionalistas moderados pudieran dominar la política de los sindicatos que se constituyó rápidamente y, entonces, las autoridades buscaron la ayuda del TUC. La central sindical británica rogó a los sindicatos, que modelaran sobre las mismas líneas constitucionales como sus homólogos británicos, que evitaran toda política, que se limitaran a los asuntos relacionados con el lugar de trabajo y que se vieran como mediadores entre el capital y el trabajo. Se organizaron becas para que los sindicalistas pudieran estudiar en la Universidad de Oxford en Inglaterra, donde recibieron formación en "responsabilidad", mientras que otros, como Butler y la NWCSA, que rechazaron tales ofertas, fueron agobiados y encarcelados. La NCWSA, a pesar de su nombre, era una organización internacionalista que actuó en solidaridad con la República española y contra la invasión japonesa de China. Además, intentaron organizar a la población descendiente de



Steve Cushion

trabajadores de la India en su propia isla. Sin embargo, la organización declinó durante la Segunda Guerra Mundial cuando, con la muerte de Elma Francois, perdió a su organizadora más influyente, al mismo tiempo que su política de oponerse a la participación colonial en lo que consideraba como una “guerra entre los blancos” no fue popular. Así, cuando empezó la agitación a favor de la independencia en la Trinidad de posguerra, su líder, Eric Williams, que no tenía sus orígenes en los sindicatos, estaba aun menos restringido por vínculos orgánicos con las clases populares (Bolland, 1995: 102-5).

Los trabajadores, por su lado, habían visto que el régimen colonial británico solamente introduciría reformas pequeñas a paso de tortuga y, a última hora, después de una acción militante (Lewis, 1968: 108). También les ofendía el doble estándar por el cual las colonias blancas, como Australia y Canadá, se autogobernaban, en tanto que estas colonias, con una mayoría negra, sufrían de un orden político represivo y no democrático, lo cual era sólo un ejemplo más del racismo sistemático que apuntalaba al Imperio Británico. En estas circunstancias, la campaña de Marcus Garvey y del movimiento comunista internacional a favor de Abisinia, que el resto de Europa había abandonado a la ocupación de la Italia fascista, echaba leña al fuego. Así, la esperanza de que un Imperio reformado diera derechos iguales y un estándar decente de vida debía parecer un sueño imposible, lo cual hizo de los obreros aliados entusiastas de los nacionalistas pequeño burgueses. La repuesta de las autoridades a las rebeliones laborales confirmó esta opinión.

Está claro que los sindicatos que se crearon como consecuencia de las rebeliones laborales echaron los cimientos de la descolonización y la independencia. Lo que es más discutible es en qué se basa esta independencia. A partir de entonces, el comportamiento respetable de la mayoría de la dirección sindical muestra que las autoridades coloniales tuvieron éxito en incorporarla al sistema, retribuyéndola con cargos en los gobiernos coloniales antes de la independencia, además de la inclusión en las listas de títulos honoríficos otorgados por el monarca (Daniel, 1957: 170). En la mayoría de las naciones independientes de habla inglesa del Caribe, estos mismos dirigentes sindicales constituyeron los primeros gobiernos pero, dado que la estructura económica no había cambiado para nada, éstos gobernaron en beneficio de los intereses empresariales que previamente habían dominado la economía colonial. No es de extrañar que los miembros comunes de sus sindicatos no se encontraran en una posición económica mucho mejor que en los tiempos coloniales. En consecuencia, suena falsa la predicción de Arthur Lewis en 1939 de que: “Hará de las Antillas del futuro un país donde la gente común lleve una vida culta en libertad y prosperidad” (Lewis, 1939: 53).

BIBLIOGRAFÍA

- Alexander, Robert 2004 *A History of Organized Labor in the English-speaking West Indies* (Londres: Praeger).
- Bakan, Abigail 1990 *Ideology and Class Conflict in Jamaica: the politics of rebellion* (Montreal: McGill-Queen's University Press).
- Barrow-Giles, Cynthia 2002 *Introduction to Caribbean Politics* (Kingston, Jamaica: Ian Randle).
- Bolland, O. Nigel 1995 *On The March: Labour Rebellions in the British Caribbean, 1934-39* (Londres: James Currey).
- Bolland, O Nigel 2001 *The Politics of Labour in the British Caribbean: the Social Origins of Authoritarianism and Democracy in the Labour Movement* (Oxford: James Currey).
- Carr, Barry 1996 "Mill Occupations and Soviets: The Mobilisation of Sugar Workers in Cuba 1917-1933" en *Journal of Latin American Studies* (Londres) Vol. 28, No. 1.
- Castañeda; Fuertes; Digna 1991 *Introducción al estudio del movimiento obrero caribeño, 1831-1939* (Guadalajara: Universidad de Guadalajara).
- Craig, Susan 1988 *Smiles and Blood: the Ruling Class Response to the Workers' Rebellion of 1937 in Trinidad and Tobago* (London: New Beacon Books).
- Daniel, George 1957 *Labor and Nationalism in the British Caribbean* en *Annals of the American Academy of Political and Social Science* (Philadelphia) Vol. 310 No.1.
- González, Cruz, Michael 1998 "The U.S. Invasion of Puerto Rico: Occupation and Resistance to the Colonial State, 1898 to the Present" en *Latin American Perspectives* (Nueva York) Vol 25 No 5.
- Harman, Chris 1992 "Return of the National Question" en *International Socialism* (Londres) Vol 2 No 56.
- Hart, Richard 1988 "Origin and Development of the Working Class in the English-speaking Caribbean area: 1897-1937", en Cross, M. y Heuman, G. *Labour in the Caribbean: from Emancipation to Independence* (Basingstoke: Macmillan).
- Hart, Richard 1989 *Rise and Organize: The Birth of the Workers and National Movements in Jamaica, 1936-1939* (Londres: Karia Press).



Steve Cushion

- Hart, Richard 1993 "Labour Rebellions in the 1930s", en Beckles, H. y Shepherd, V. *Caribbean freedom: society and economy from emancipation to the present* (Kingston, Jamaica: Randle).
- Hart, Richard 1998 *From Occupation to Independence: a Short History of the Peoples of the English-Speaking Caribbean Region* (Barbados: Canoe Press, University of the West Indies).
- Henry, Zin 1972 *Labour Relations and Industrial Conflict in Commonwealth Caribbean Countries* (Port-of-Spain: Columbus).
- Lewis, W. Arthur 1939 *Labour in the West Indies: the Birth of a Worker's Movement* (Londres: Fabian Society).
- Lewis, Gordon 1968 *The Growth of the Modern West Indies* (Londres: MacGibbon & Kee).
- Martin, Tony 1993 "Marcus Garvey, the Caribbean and the struggle for Black Jamaican Nationhood" en Beckles, H. y Shepherd, V. *Caribbean Freedom: Society and Economy from Emancipation to the Present* (Kingston, Jamaica: Randle).
- Post, Ken 1978 *Arise Ye Starvelings: the Jamaican Labour Rebellion of 1938 and its Aftermath* (Den Hague: Nijhoff).
- Reddock, Rhoda 1988 *Elma Francois: the NWCSA and the Worker's Struggle for Change in the Caribbean* (Londres: New Beacon Books).
- Reddock, Rhoda 1994 *Women, Labour and Politics in Trinidad and Tobago: a History* (Londres: Zed Books).
- Reddock, Rhoda 2005 "Women Workers' Struggles in the British Colonial Caribbean", in Sutton, Constance *Revisiting Caribbean Labour* (Kingston, Jamaica: Ian Randle).
- Richards, Glenn 1993 "Order and Disorder in Colonial St Kitts: The Role of the Armed Forces" en *Maintaining Labour Discipline* (Mona: Association of Caribbean Historians).
- Singh, Kevin 1987 "The June 1937 Disturbances in Trinidad" en Thomas, Roy *The Trinidad Labour Riots of 1937: Perspectives 50 years Later* (St Augustine, Trinidad: University of the West Indies Extra-Mural Studies Unit).
- Stevens, Margaret 2006 "A Bolshevik Current in the Black Caribbean Sea, 1929-1937" en *Postamble* (Cape Town) vol 2, no 2.
- Witney, Robert 2001 *State and Revolution in Cuba* (Londres: University of North Carolina Press).

325

